

PRESENTACIÓN

LA MIRADA DEL OTRO

Begoña Arteta*

¿Por qué “la mirada del otro”? La respuesta sería porque ese “otro”, el que está enfrente o al lado, nos enfoca desde otra perspectiva. No es la que vemos de nosotros mismos reflejada en el espejo, que no nos causa sorpresa cuando sabemos previamente lo que esperamos encontrar ni tampoco la que nos sobresalta si aparece algo imprevisto, algo que se sale de lo habitual, y que nos previene o confirma algún cambio. Es distinta, incluso, de las respuestas emocionales que el inconsciente produce en nosotros a lo largo de nuestras vidas, y es que la mirada del “otro”, su observación, nos permite reflexionar sobre lo que proyectamos y somos, sin darnos cuenta, lo aceptemos o no.

Lo mismo sucede cuando las personas de otras culturas llegan a un país que les es desconocido, del que sólo han tenido, tal vez, alguna referencia bibliográfica o de “oídas”, sobre algún aspecto que les llamó la atención. Y es que viajar es transportarse a otro lugar, y en la mayoría de los casos, viajar equivale a abandonar lo cotidiano para llegar a un sitio nuevo, en el que nunca se ha estado antes, sin importar que sea en el mismo país, pues incluso, las dife-

rencias locales se hacen notar y dan a cada región una personalidad propia, en el común denominador de una circunscripción territorial a la que llamamos nación.

Este *dossier* está dedicado a aquellos que a través de “otra mirada” percibieron a México desde su propia concepción, prejuicios, simpatías o antipatías, y que escribieron sus experiencias, ya sea en forma de testimonios, estudios científicos, novelas o cuentos. No podemos olvidar que incluso en el mundo globalizado de hoy, en el que el visitante interesado puede acceder por medio de Internet a toda la información que requiera del país, de las ciudades y lugares que va a visitar, y hasta localizar la calle y el hotel donde se va a hospedar, no deja de sorprenderle la vida misma del lugar visitado: sus colores, olores, y sabores, los gestos de los habitantes, las costumbres sociales, políticas, religiosas y económicas, que no corresponden a su idiosincrasia, y que, por diferentes, pueden resultarle atractivas, simpáticas o desagradables. Para conocer y poder entender mejor lo que somos como país, es siempre interesante y muy ilustrativo saber cómo nos ven y han visto los otros, en un viaje de ida y vuelta, porque nos permite, también, acercarnos a los que nos visitaron o

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

vivieron en México, tanto en el siglo XIX como en el XX.

Recordemos que mientras México fue la Nueva España, la Corona prohibió la entrada a sus colonias a todo aquel que no perteneciera a ella, sobre todo si profesaba otra religión. La Reforma, en el siglo XVI, dividió a Europa, y España se convirtió en el Imperio más grande de esa época y también en el paladín defensor del catolicismo, lo que la llevó a tratar de exterminar todo lo que le pareciera un contaminante ideológico para sus súbditos. A pesar de la férrea vigilancia que la Metrópoli ejercía sobre sus colonias, sabemos de tres personajes que escaparon a ella y que revelaron algunos aspectos de la que se consideraba la colonia más rica del Nuevo Mundo. Se trata del florentino Francisco Carletti en el siglo XVI, del fraile renegado al servicio de Inglaterra Thomas Gage en el XVII y del prusiano Alejandro de Humboldt en el XVIII.¹

Una vez consumada su Independencia, México abrió las puertas, que hasta entonces habían permanecido cerradas a todo aquel que quisiera visitarlo. El interés de las nuevas potencias no se hizo esperar y, así, llegaron a México viajeros de todo tipo: aventureros, científicos, comerciantes y diplomáticos, muchos de los cuales dejaron un testimonio de su estancia en el país, teñido, como es natural, por su propio bagaje cultural que, en la mayoría de las ocasiones, recogía la animosidad acumulada durante siglos hacia una iglesia papista, una sociedad corrompida, formada por grupos raciales muy definidos y excluyen-

tes, que no favorecían un desarrollo moderno y, sobre todo, marcada por un gran antagonismo hacia los herederos de una España que consideraban decadente y retrasada. De poco valían los esfuerzos de los mexicanos por presentarse ante los "otros" como una nación nueva, que no aceptaba los trescientos años de dominio español, que resurgía de las cenizas de su gran pasado prehispánico, y para los que la Colonia había sido sólo un paréntesis en su historia. Empeño imposible, pues los otros nos siguieron viendo bajo la lupa de sus propios prejuicios, los que utilizaron, muchas veces para acrecentar malos entendidos y justificar abusos, por no hablar de guerras, invasiones y pérdida de una gran parte del territorio nacional.

Por fijar una fecha, se puede decir que después de 1847 México, seguía atrayendo a viajeros, aunque no en la misma cantidad que en años anteriores, cuyas obras, salvo algunas excepciones, no alcanzaron tampoco la calidad de las producidas años atrás. Se puede decir que es a partir de 1910 cuando la curva de los viajeros o extranjeros vuelve a cobrar importancia, tanto por el número como por la variedad de intereses y motivos. Algunos llegan como emigrantes y se establecen en el país, otros vienen en busca oportunidades económicas, algunos son exiliados de las guerras europeas y son bastantes los científicos: arqueólogos, etnógrafos, antropólogos y sociólogos que nos visitan, y que a la postre representan la diversificación de especialidades que caracterizó al siglo XX.

El presente *dossier* inicia con el artículo de Luz Fernández de Alba, "La ciudad de México que Humboldt vio a través de sus ojos azules." El "viajero de los viajeros", Alejandro de Humboldt, fue el referente obligado para todo aquel que viniera a

¹ Cf. Juan A. Ortega y Medina (1987) *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México, UNAM. Ortega y Medina hace una recopilación de los considerados viajeros y los que aunque extranjeros eran súbditos del rey de España.

México durante el siglo XIX. Como antes se mencionó, este científico llegó en 1803, a la todavía Nueva España. A diferencia de otros estudiosos, la Metrópoli le otorgó todos los permisos necesarios para su expedición en sus colonias de ultramar. En 1811 se publicó su libro *Ensayo político sobre la Nueva España*, obra que sirvió para dar a conocer, en esos años cruciales, a una colonia que iniciaba su lucha independentista que terminaría diez años después. A lo que siguió una época –como dice Ortega y Medina– “...enfiebreada por la especulación industrial-mercantil y literario-romántica”.² Humboldt abrió al mundo las puertas del conocimiento de esa Nueva España, y no hay visitante que no lo mencione, o trate de corroborar o refutar lo mencionado por el prusiano.

Una de las muchas cosas que el Barón mencionó fue el árbol conocido popularmente como el *Árbol de la Manitas*, alusión suficiente para que todo viajero que llegaba a la ciudad de México visitara el Jardín Botánico (antes Real Jardín Botánico) para conocer este ejemplar del que se pensó, durante mucho tiempo, que era único en el mundo, como lo consignaron en sus obras. Las primeras noticias sobre esta especie las dio el naturalista español Francisco Hernández, pero Alexander Von Humboldt y Aimé Bonpland no resistieron la curiosidad de conocerlo y, ya de regreso en Europa, hacen de él una descripción pormenorizada y, con una lámina grabada a partir de un dibujo de la planta, la presentan en su obra monumental, en el tomo dedicado a las plantas equinociales colectadas por los dos naturalistas durante

su viaje, quisieron tener la prioridad de bautizarla. Joaquín Fernández Pérez, Cristina Jiménez Artacho y José Fonfría Díaz, nos desvelan el misterio de esta “rara” especie en su artículo “El Árbol de las manitas ¿Ejemplar único?” y nos relatan el misterio de este árbol singular, tan “...cargado de historia y de leyendas, que no podía pasar desapercibido a los naturalistas viajeros...”

Con el título “La vida cotidiana en la ciudad de México, 1824-1850”, Begoña Artega recoge las vivencias experimentadas por algunos viajeros en la capital de la república mexicana. A pesar de los años transcurridos desde la independencia, y pese a las continuas revueltas políticas, invasiones extranjeras y golpes de estado, esa cotidianidad nos permite vislumbrar cómo se conservaban las costumbres y eran casi imperceptibles las variables que se iban dando tanto en los grupos étnicos, como en los socio-económicos. Una sociedad en un país que trata de encontrar su camino político, pero que, en cuanto a sus costumbres y tradiciones, conserva el legado colonial que los discursos políticos nacionalistas trataban de negar en su afán de convertirse en un país totalmente nuevo. Así, en compañía de los autores se puede viajar a una ciudad que durante mucho tiempo conservó el título de “la ciudad más transparente”.

De ahí, saltamos a un nuevo siglo: el XX. Las circunstancias y los intereses cambiaron. Durante la época del porfiriato México recibió a muchos emigrantes, llegados también por diversos motivos, algunos vinieron para establecerse en el país y otros para hacer negocios y regresar a su lugar de origen. Pero, es a partir de 1910, al estallar la Revolución Mexicana, con su lucha, las proclamas políticas, sociales y los cambios prometidos, cuando México regresa a la mira del extranjero que quiere

² Brantz Mayer. *México lo que fue y lo que es*. México-Buenos Aires. FCE, 1953. Estudio Preliminar Juan A. Ortega y Medina, p. XIII

adentrarse en un país que le sigue pareciendo exótico por diferente, y al que quiere conocer ya sea porque le atrae o rechaza, o por una mezcla de ambos sentimientos. Son también los años en que el país se mira a sí mismo; cumplido el centenario de su independencia, los mexicanos recapitulan y estudian lo que ha sucedido en ese tránsito de colonia a país autónomo.

Por lo tanto, ¿por qué no incluir en este *dossier* a “un viajero en su propia ciudad”? Cecilia Colón lo hace con su estudio del libro de Luis González Obregón, *La vida en México en 1810*, obra publicada en 1911. Como señala la autora, González Obregón se dedicó a conocer y recorrer su ciudad de origen con la misma curiosidad con que lo haría el que la visitara por primera vez, y no deja de sorprenderse con lo que investiga, a partir de lo cual reconstruye la historia de aquello que llama su atención. Si la lectura es un viaje, la investigación de González Obregón nos conduce por una ciudad de la que cuenta historias de cien años atrás, los que duplicados para nosotros, “la convierten en nostálgica remembranza”.

Los viajes no sólo se realizan en un espacio y un tiempo concretos, se puede viajar a través de la imaginación y todavía más, dejar un testimonio escrito sobre un viaje fantástico en el que los autores son capaces de entrometerse en el curso de una historia pasada y consumada para alterar el resultado, que sólo puede darse en la fantasía. Christine Hüttinger en su artículo: “¿Qué hubiera sucedido si...? Las guerras de los campesinos en Alemania y la conquista de México”, analiza la novela de Leo Perutz, *La tercera bala*, publicada en 1915, en la que el autor alemán lleva la ficción al México del siglo XVI, a la Conquista, y se toma la libertad de cambiar la historia al plantear que, durante las guerras de Re-

forma, unos alemanes, emigrados a México, se alían con los aztecas.

El viajero y novelista inglés, D. H. Lawrence (David Herbert) llegó a México en los años veinte y arribó a un país inestable políticamente, con grupos enfrentados por alcanzar el poder y consolidar la ideología difundida durante los años en que la lucha armada abarcaba a casi toda la nación. Lawrence, anglosajón, hombre de posguerra y pesimista, llegó a nuestro país en busca de otras formas de vida, quería encontrarse con el pasado, el hombre y la naturaleza, y escribe la novela *La serpiente emplumada*. En su artículo “La serpiente emplumada: una mirada a las aguas profundas de México”, Tomás Bernal analiza esta novela y destaca la visión eurocentrista, trágica, fatal y ambigua que el autor tuvo sobre nuestro país y sus muchos contrastes.

“La mirada de Max Aub a México”, de Joaquina Rodríguez Plaza, nos acerca a este autor. Nacido en París, de madre francesa de origen alemán, y de padre alemán, español por identificación y decisión personal. La Guerra Civil Española lo obligó a salir del país de su elección y se exilió en México. Gran parte de su obra la dedica a analizar la política y la sociedad española y, aunque vivió 30 años en México, escribió sólo un libro con tema mexicano: *Cuentos mexicanos con pilón* y el cuento titulado “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”. Escribe desde su españolidad, y apoyado en ella contrasta las diferencias entre los españoles que llegaron, “ruidosos y rabiosos” y los mexicanos que los recibieron. El artículo nos presenta los contrastes entre dos culturas que, si bien es cierto tienen cierta afinidad, son diferentes. Max Aub se pasea a lo largo y ancho de esas diferencias para detenerse en lo que él considera el modo dulce y taimado del

ser mexicano, mientras que del carácter español destaca los siguientes rasgos: su capacidad para ser directo, hablar a gritos, y la obsesión por el pasado de una guerra que acabó con la derrota de sus ideales.

En su artículo “La mirada de un escritor viajero”, Yvonne Cansigno Gutiérrez se ocupa de la obra *Häi* del autor francés J.M.G. Le Clézio, publicada en 1971. Viajero y apasionado de las culturas indígenas con las que convivió en Yucatán y Michoacán. Autor de relatos, cuentos, ensayos y artículos, fue un estudioso autodidáctica en historia, antropología y etnografía. Tradujo al francés obras como *Las profecías del Chilam Balam* y *la Relación de Michoacán*. Yvonne Cansigno destaca en su trabajo la idea utópica del mundo indígena que sostenía el francés frente a la sociedad occidental.

“La mirada del otro” plasmada en tantos géneros como temas, es tan vasta y abarca tal cantidad de aspectos, que resulta imposible concentrarlos en el *dossier* de una revista, incluso en un libro. Así es que en este número, presentamos al lector sólo

algunos ejemplos de este género tan amplio, como los enfoques bajo los cuales se han estudiado muchos textos de extranjeros. Quedan muchos aspectos por trabajar desde diversas ópticas relacionadas con el tema.

Consideramos que no es bueno, por limitativo y empobrecedor, quedarse solamente con la visión propia, con sólo mirarse a uno mismo; son las miradas de los otros las que nos complementan y nos hacen conscientes de realidades no percibidas o voluntariamente ignoradas. En ocasiones, estas observaciones pueden molestarnos y tenemos derecho a no estar de acuerdo, pero a través de los comentarios, opiniones y “prejuicios” ajenos conoceremos, también, el pensamiento cultural de los que no son iguales a nosotros. En un viaje imaginario a través de los tiempos, ideologías e intereses, podremos rescatar una mayor tolerancia y respeto por el “otro”, por el diferente, que nos lleve a la comprensión mutua que tanta falta nos hace en la actualidad. ■